

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: FERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

GLOSARIO

EL PRINCIPE NO SONRIE

El príncipe no sonríe. El príncipe está emocionado. Asombro del príncipe. He ahí los títulos bajo los cuales se vaciaron todas las melosas idioteces, brotadas de la fértil imaginación verbal de los periodistas.

Se está celebrando un concurso para saber quién batirá el record en la cantidad de sandeces que escriban o propalen sobre este brillante personaje. Las pulsaciones del papel impreso diferían que intentan ritmar con el pulso de esta miserable víctima de la voracidad del público curioso...

En estos días de imbecilidad colectiva, nuestro odio, o esta mezcla de dolor y de rabia, sube de punto y se percata cuán largo es el camino que debemos andar con estos escuadrones de populacho, incendiado, ardido históricamente en este irreflexivo entusiasmo sentimental. Esta anotación minuciosa de los menudos hechos domésticos, equipara a los periodistas como excelentes *maître d'hôtel*. Con ello quiere hacer cosquillas a la clientela de la bagatela escrita. Se les aturulla de papel impreso para aturdirles y anestesiárselos la voluntad de pensar en lo que genuinamente representa el príncipe. No somos tan torpes de entendimiento para descargar nuestra furia contra un hombre que pudo ser príncipe como vencedor de patatas. Y será mejor o peor que todo el mundo. Contra quienes quisieran dirigir nuestras más candentes diatribas, es sobre aquel inmensa número que se pone en cuatro patas para adularlo mejor.

El asombro del príncipe lo causará el comprobar de qué manera se envilece el hombre ante un traje cubierto de condecoraciones o bordado de alamares. Porque el príncipe no es más que una investidura, un traje. Quidale éste, y se hallará al nivel del más ínfimo burgués con dinero.

Si, puede ser se ponga "serio y sombrero" — según "La Nación" —, entristeciéndose, porque al espíritu menos sajón le repugna la ampulosa y exuberante cascada de maslados ruidosos. Menos asombro, quizás, le hubiese provocado si los argentinos se vistiesen con taparrabos y se adornasen con vistosas plumas. Pero lo insoportable es que, llevando trajes *civilizados*, sean peores que los salvajes.

Maquiavelo dice: "Procura el éxito, que el vulgo se inclinará ante él". Y añade: "Piensa que todo el mundo es vulgo". Es amargo constatarlo, pero es la escueta verdad.

Si aquí viniese Galsworthy, o si resucitase Carlyle, por cierto nadie los habría cubierto de flores ni corrido tras ellos. Y para la humanidad reporta mayores beneficios un Bacon o un Shakespeare que estas sombras coronadas, aunque después se las conserve como momias ilustradas.

QUIEREN SALVAR ESPAÑA

Los organizadores del llamado "Congreso de las juventudes libres de estudiantes, obreros y campesinos iberoamericanos", que ha de reunirse en la primera quincena de 1926 en Lisboa, dirigieron un manifiesto a sus congéneres de centro y su América, concitándolos a que concierten una acción común a fin de libertarse de la tutela estatal. No son precisamente los términos exactos en que se expresan esas ansias confusas, pero resumen la esencia de ellos.

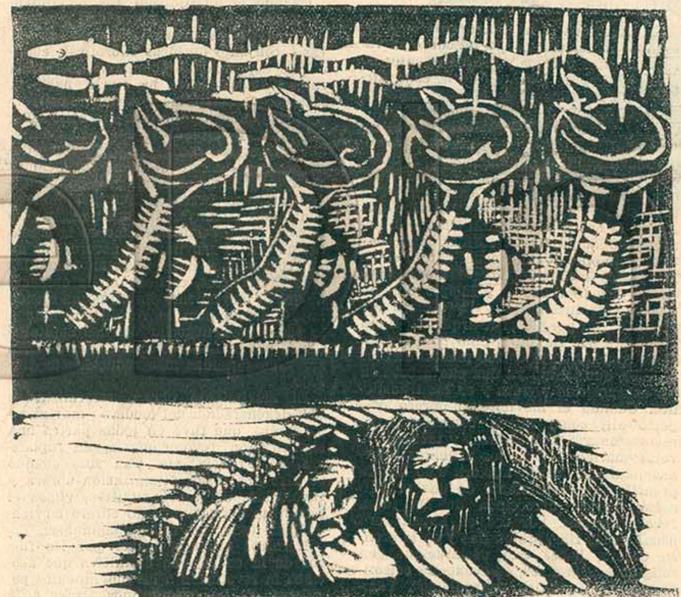
FABRICA DE ATENTADOS

Desde que se halla en el poder el Directorio de orangutanes galonados, los atentados se propagan como los hongos al pie de una encina. Ruedan por milésimas

ma vez los rumores alarmantes, y a raíz de ellos, se llevan a cabo prisiones a granel. La menor sospecha es suficiente para un encarcelamiento. Es una táctica efectiva para disminuir la circulación de transeúntes en las calles de las principales ciudades de España. Es que la fábrica de atentados funciona sin interrupción, y las detenciones practicadas por la policía son numerosísimas, según informaciones cablegráficas oficiales. Y también las de algunos complotos, descubiertos por ella. ¿Que cosa será, que engendrará a la otra? ¿En cuál estará la causa o el efecto?

Se acertará pensando que se forjan las conspiraciones para detener el mayor número de personas y que la policía en su afán de hacer méritos y de ascender rápidamente, tomara como peligrosas

Las inquietudes de las altas esferas y las preocupaciones del Alfonso de marras, viendo un conspirador en cada ciudadano de España, son los fantasmas amasados con la arcilla espúria del miedo, del terror destilado por las bajas acciones.



— ¡Y pensar que con todas esas sobras del banquete del príncipe de Gales comería toda una aldea durante un mes!

— Pero serán los chanchos los que las comerán, ya que los burgueses trazarán a su vez a los chanchos, con sobras y todo. Un semejante busca a otro semejante y se lo almuerza. Y todo queda en casa. Es decir, en el mismo chiquero.

"Queremos estudiar la manera de renovar la escuela en sus cimientos, para convertirla en una fuente viva de cultura universal, creando una universidad sinceramente democrática, a fin de investigar las causas político-económicas de la miseria popular y buscarle remedios eficaces."

La actitud intelectual de la juventud española, como la asumida aquí por ciertas agrupaciones estudiantiles, es muy noble. Pero lo más eficaz no sería destruir, arrancar de cuajo esas causas político-económicas, en vez de estudiarlas microscópicamente?

RABINDRANATH TAGORE

Tagore anuncia que visitará Rusia para concurrir al segundo centenario de la Academia rusa, rebautizada recientemente con el nombre de "Academia de ciencias de la Unión de los Soviets". Se arguye que esta celebración no contará con la asistencia de los 16 representantes de

los profesores y alumnos alemanes, que hubieron de renunciar a su propósito de concurrir, debido a que el Soviet condenó a muerte dos universitarios teutones, acusados de espionaje.

Este delicado alfarero, este poeta de sutil aliento, grácil como una flor, posee el don de la inoportunidad. Invitado por el gobierno de Leguía para el centenario de Ayacucho, hubo de renunciar a su viaje en vista de las atrocidades cometidas por el cholo engreído y mequetrefe, y puestas en descubierto por los peruanos residentes en esta metrópoli.

¿También renunciará el vate armonioso a ese viaje a un país donde la masedumbre evangélica no ha florecido aún entre las turbas de los Smierdakoff, burócratas comunistas y pequeños traficantes?

La inocencia que se venda conscientemente los ojos y que huye ante el dolor, apartándose de la violencia y de las realidades de la existencia, es la contrafigura del candor del alma, que se ignora a pesar de ella. Y esta, en cambio, al quitarse el cendal que la ciega, se enfrentará mezclándose valientemente al combate que le presenta la vida.

No apuremos los extremos. Dejemos a Tagore en la escuela de Santiniketan, rodeado de sus muchachuelos. Pero de todos modos, si se decide a ir a Rusia, sería interesante conocer sus opiniones sobre el soviét y los asuntos rusos en general.

Con que no haga allá como hizo en la Argentina, que todo lo encontró bien, si sucediese lo contrario, entonces si sería para nosotros de real interés lo que escribiera.

EL PAGO DE LA TRAIION

Tras el príncipe de Gales nos arrojan por la borda un Maharajá de Kapurtala. Este sirviente del gobierno británico, este vendido por sus antecesores remotos, sigue la tradición de la casa y mantiene en pie de guerra numerosas tropas para reprimir las revueltas de las poblaciones que intentan sacudirse de encima el yugo opresor de la burocracia inglesa.

Por estos servicios de canchero recibió varios títulos, uno de ellos coronel honorario del ejército británico; se le dio un cordón de las Indias y se le dispensó de la oblación de impuestos por valor de centenares de miles de rupias. Todas estas grajeas, estos confites son para endulzar el sabor amargo de la traición a los destinos sagrados de la India de Gandhi. Britania agradece, cubre y aplasta con sus honores, despreciándolos al mismo tiempo, a quienes le auxilian a matar las poblaciones de hambre.

Todas esas riquezas que el asiático Maharajá despilfarró con gesto de nabab, tienen una procedencia sucia y son el estiércol del diablo, como Papini bautizará al dinero — aunque el autor de "Un uomo finito" no desdén recojerlo del suelo, el estiércol ese...

Este burgués asiático que lo es porque piensa, siente y vive bajamente, y hace edificar un palacete renacimiento francés, plantando un jarjón versallesco en el corazón de la jungla, fué entrevistado. En su desconfiada charla, se refirió a Gandhi. Constató que las relaciones de los principados adictos al gobierno británico fueron enfrías por las doctrinas gandhianas, añadiendo: *de contenido tan generoso y tan en armonía con el místico fervor hindú.*

A este beso de Judas, en las mejillas de Gandhi, hubiésemos preferido un latigazo, una bofetada. Con ello el Maharajá no habría mentido tan bellacamente a sus sentimientos y a esa su vida de potentado y mandarín asiático.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

El anarquismo filosófico o el movimiento social anarquista

Cuando la religión era una potencia incontestable y su dominio sobre los espíritus era absoluto, las clases privilegiadas se estorzaran por fundamentar teóricamente en ella la razón de ser de sus privilegios y de sus usurpaciones. Luego vino el predominio intelectual de las ciencias naturales, y los sabios "oficiales" tuvieron la preocupación de deducir de sus estudios argumentos a favor del mantenimiento de la sociedad de la desigualdad y de la esclavitud del gran número a costa de la abundancia y la libertad mal comprendida de unos pocos.

También en el movimiento revolucionario, nombres como Kropotkin, hicieron habiles esfuerzos para demostrar que el anarquismo y los sentimientos de solidaridad y de apoyo mutuo son fenómenos naturales; las mismas ciencias que servían a unos sabios para fortalecer la fe en las viejas creencias del pasado, sirvieron a Kropotkin para quebrantar esa fe y echar las bases teóricas de un mundo mejor.

En todo eso, primero es la acción, primero es el hecho, luego la justificación de lo acontecido. En casi toda nuestra vida tropezamos con la misma tendencia. Obramos más bien biológica que racionalmente, pero después de haber obrado no nos conformamos sin elevar nuestra acción a teoría. Ya hemos dicho que casi todos nosotros nos hemos adherido al anarquismo antes de haber comprobado minuciosamente sus bases científicas y la exactitud de sus postulados; esa comprobación suele venir después de la adhesión. Al contrario, es posible la convicción de la exactitud de las reivindicaciones libertarias sin adhesión efectiva al movimiento anarquista.

De esos hechos, indudablemente reales, podríamos deducir estas consecuencias:

- 1) que no debemos olvidar esa tendencia casual a elevar a teoría o al menos a justificar nuestra acción o nuestras predilecciones; el hecho de actuar en el movimiento anarquista dentro del movimiento obrero o en grupos de afinidad, resultan concepciones teóricas y tácticas que no siempre armonizan y que con frecuencia pueden chocar tanto más violentamente cuanto más absolutos queramos ser en nuestras conclusiones particulares;

- 2) que el movimiento anarquista no es una mera doctrina filosófica o una secta de espíritus escogidos que propagan un decálogo social descubierto en el cuarto de estudio de un pensador.

Esta última afirmación la encontramos corrientemente en Kropotkin, uno de los anarquistas cuyos conocimientos científicos han sido generalmente reconocidos. Pero es, puede decirse, la opinión de casi todos los propagandistas dentro de nuestro movimiento. Véase por ejemplo lo que decía últimamente Malatesta (*Pensiero e Volontà*, Año II, número 7, página 154, Roma):

"El anarquismo en sus génesis, en sus aspiraciones, en sus métodos de lucha no tiene ninguna alianza necesaria con ningún sistema filosófico. El anarquismo ha nacido de la rebelión moral contra las injusticias sociales,...

Aceptamos plenamente esa afirmación que hace derivar al anarquismo no de la filosofía o del pensamiento puro, sino de la vida real, donde los hombres sufren las injusticias sociales y buscan espontáneamente un remedio. No ignoramos ni dejamos de apreciar en todo su valor lo que ha significado el pensador y el filósofo en los orígenes históricos del anarquismo como movimiento social de las grandes masas; gracias a ellos se ha acelerado un proceso natural de clarificación y de concreción ideológica, muchas aspiraciones vagas aún se precisaron y se definieron mucho más rápidamente por la intervención de algunas personalidades de grandes valores intelectuales, de lo que lo habrían hecho abandonadas a las fuerzas colectivas indecisas y lentas. Tampoco queremos significar que la labor de los pensadores y de los filósofos no tenga en el anarquismo un magnífico campo de acción propulsiva; sería derivar sofisticadamente nuestro punto de vista. Lo que afirmamos es que nuestro movimiento no es obra artificial de una secta revolucionaria.

o de un círculo de estudios sociales, sino fruto natural de la vida esclavizada y oprimida.

Però si todos estamos de acuerdo en admitir el origen natural, espontáneo, popular del anarquismo, no lo estamos cuando en el transcurso del tiempo, tras un largo período de grupos de propaganda, queremos dar a esos grupos, sin darnos cuenta, el monopolio de las ideas, olvidándonos de hecho de la fuente real de nuestras ideas.

Y aunque nunca es recomendable hacer del pensamiento un oficio, podría admitirse la razón de ser de las dos corrientes que podemos descubrir en el anarquismo desde el punto de vista de sus tácticas frente al movimiento obrero: la tendencia del anarquismo filosófico o político y la que considera el anarquismo como un movimiento social histórico, o sea la corriente de los grupos ideológicos de propaganda y la de las masas populares que reconocen la anarquía como objetivo de sus luchas. La disidencia que surge y que ocasionalmente puede ser perjudicial para el anarquismo, entre esas dos manifestaciones de una misma aspiración, se debe en primer lugar a la pretensión de una o de otra de querer hacer prevalecer su método y sus puntos de vista como superiores, negando a la otra corriente eficacia, legitimidad y verdadero valor revolucionario.

En tanto que idea, la anarquía data de tiempos inmemoriales; se descubre en varios filósofos griegos y anteriormente; se puede proseguir a través de la edad media y de los tiempos modernos; también tuvo infinidad de manifestaciones prácticas en el curso de la historia, en las revueltas incesantes de los pueblos. Pero como movimiento social consciente, el anarquismo es contemporáneo, podría decirse; aún existen en cada país camaradas que asistieron a su nacimiento. Diríase que fué en la época de Bakunin cuando el anarquismo adquirió las formas modernas de movimiento popular consciente. Fué en los países latinos donde el movimiento obrero aceptó desde el principio una dirección revolucionaria y se declaró anarquista; no porque el anarquismo fuera propuesto por Bakunin, sino porque esas ideas respondían al estado mental de esos pueblos, que tenían ya una cierta base en las experiencias vividas y en las tradiciones. Cuando el movimiento obrero despertó allí como fuerza consciente, fué revolucionario, aceptó ideas y tácticas revolucionarias. Y para los primeros internacionalistas latinos hubiera sido incomprensible el pensamiento de una organización obrera divorciada de las ideas revolucionarias. Por eso en España era usual en las filas proletarias y en la prensa obrera, hacer esta declaración: "en religión somos ateos, en economía colectivistas y en política anarquistas". También en Italia se adoptaba por la Internacional el ateísmo, el federalismo y el anarquismo como finalidad de las luchas y aspiraciones del movimiento obrero. Queremos transcribir algunos párrafos de la declaración de principios que sirvió de base de la propaganda y de la acción revolucionarias de la Internacional italiana, aprobada en el congreso de Bolonia, en marzo de 1873; decían así nuestros precursores:

"Considerando: que todo idealismo político y religioso se traduce prácticamente en opresión y monopolio; que, teóricamente, Dios es un absurdo y sirve siempre en la práctica de consagración y de pretexto para todas las tiranías y para todas las explotaciones del hombre por el hombre, el congreso se declara ateo y materialista.

Considerando: que todo Estado, aún el más popular, basado en el sufragio universal más amplio, contiene en sí mismo la idea y el hecho de la dominación y tiene por resultado la esclavitud de las multitudes populares sacrificadas a una minoría gubernativa cualquiera;

siendo Estado y dominación, esclavitud y miseria popular términos inseparables;

que la libertad y el bienestar de las multitudes populares exigen como la única forma de organización posible la libre y espontánea asociación de abajo a arriba y las federaciones de las libres asociaciones o comunas aconsejadas por su propio interés, por sus simpatías y aspiraciones;

debiendo sustituir en todo y por todo la administración autónoma de los intereses de las multitudes obreras al gobierno político;

el congreso se declara anarquista y federalista, y reconoce que las masas no deben surgir mas la autoridad de jefes oficiales o llamados revolucionarios".

En ese fragmento de la resolución de un congreso obrero tenemos dos afirmaciones terminantes que el sindicalismo posterior no se atrevió a hacer por temor a perder miembros: el ateísmo y el anarquismo. Para nosotros, que estamos en el mismo plano de esos internacionalistas de la primera hora, no deja de tener sus dificultades la comprensión de un movimiento obrero puro, es decir, de un movimiento obrero que no tiene ningún objetivo de sus luchas, ni siquiera la emancipación de los fantasmas divinos que dominaron la mentalidad humana durante tantos milenios o la abolición de un Estado que se reconoce instintivamente como causa de desigualdad y de guerra del hombre contra el hombre.

Cuando el anarquismo, ese movimiento espontáneo de los oprimidos y explotados hacia la libertad, dispuso de un vasto conjunto de ideas filosóficas, cuando las aspiraciones populares libertarias fueron discutidas en los libros, nació la idea de que las masas carentes de instrucción no podían comprender ese bello ideal de futuro y se trató de apartarlas de él. Lo mismo pasó con el ateísmo; hubo durante buen número de años, vacilaciones para propagarlo abiertamente en las organizaciones obreras y aun hoy, lo que podríamos llamar sindicalismo clásico, no se atreve a proclamarse ateo en la creencia de que el movimiento obrero, por su heterogeneidad, debe respetar todas las ideas y creencias, es decir en la creencia de que el movimiento obrero no ha nacido naturalmente para la revolución, sino a lo sumo para negociar con los capitalistas en pro de mejores condiciones de salario y de jornadas más reducidas de trabajo.

El movimiento obrero reformista es una degeneración del moderno movimiento obrero, que tuvo en todas partes una significación revolucionaria, en Inglaterra, en Francia, etc. Tan sólo cuando se hizo dos cosas, organización obrera y revolución, del todo primitivo, vimos el fenómeno del movimiento obrero sirviendo para todos los fines imaginables.

Nosotros debemos volver por los fueros de la concepción definitiva que asociaba la revolución a los movimientos populares; si no conseguimos atraer a la ruta natural todo el mundo del trabajo, rechazamos la parte que no ha perdido la noción de la significación de las luchas proletarias actuales y obremos como minoría obrera organizada. De esa manera mantendremos mucho más el contacto con las grandes masas, sea las adversas a nuestras ideas o las extraviadas por los demagogos y los explotadores de los anhelos revolucionarios y los sentimientos de solidaridad de los explotados y los oprimidos, que si subimos a la torre de la filosofía y pretendemos influir desde allí la vida real.

Todo el socialismo moderno ha reconocido la finalidad anarquista de la revolución social que encarna el movimiento de los trabajadores. El propio Marx, el propio Engels, Lenin, todos los grandes socialistas autoritarios, han condenado el Estado y reconocido que el porvenir pertenece a la anarquía, que nuestros esfuerzos revolucionarios deben converger hacia la anarquía y no hacia la fortificación del Estado en el porvenir. Recién en los últimos años, siguiendo un proceso de descomposición iniciado ya mucho antes de la guerra mundial, se trata de reaccionar contra ese pensamiento y esa es una prueba del abandono de los últimos restos de socialismo en nuestros antiguos hermanos de armas, los autori-

tarios, — que eran autoritarios por aspirar al mismo objetivo que nosotros por medio de la autoridad, no porque quisieran el establecimiento de una nueva sociedad con amos y esclavos, con explotadores y explotados.

Decir que las grandes masas no están en situación de comprender las reivindicaciones de la anarquía, es un subterfugio, más bien que un argumento, para librar el movimiento obrero de nuestra influencia, pues aparte de ser el anarquismo algo inherente a la historia misma, no tiene en sus postulados más que reivindicaciones accesibles a todas las inteligencias en cualquier grado de cultura en que se encuentren, aunque naturalmente, como para todo progreso, es preferible el hombre ya elevado a un cierto nivel mental, por ser capaz de deducir más consecuencias y de ampliar la significación de las ideas de libertad y de igualdad, y de ver en ellas más motivos de atracción.

Se dice también que los pueblos son materialistas, que no se mueven en pos de abstracciones. Pero ahí está la historia religiosa y en ella no se puede negar que grandes masas humanas han hecho los sacrificios más grandes, incluso el de la vida, por ilusiones que les parecían tener la suprema verdad y el supremo bien. No están lejanos aún los tiempos en que la ilusión de la república hizo correr ríos de sangre proletaria, derramada en la creencia de luchar por un mundo mejor. Aquellos mismos que presentan la panacea de la paleta electoral a las masas sostienen que las multitudes semi-analfabetas no son capaces de comprender la filosofía anarquista, que se resume en postulados tan sencillos como el de la sustitución del Estado por las libres federaciones de los trabajadores libres. Podría decirse todo lo contrario, que el idealismo histórico de los pueblos ha sido demasiado grande y que su preocupación por las cosas materiales y concretas fué excesivamente pequeña.

Las palabras libertad, igualdad, fraternidad son abstractas para quienes ven el mundo a través de abstracciones; para los hombres sencillos, que no han sido envenenados o perturbados por las divagaciones filosóficas, esas palabras tienen un sentido concreto, palpable, podría decirse nacido directamente de su situación y de sus aspiraciones instintivas.

No hay tampoco que olvidar que los movimientos revolucionarios no van a remolque de las teorías filosóficas; es todo lo contrario lo que se aproxima más a la verdad. Las masas que se adhieren al movimiento cristiano primitivo estaban, en relación a los teólogos del cristianismo, como las que se adhieren a las ideas anarquistas en relación con los filósofos y pensadores anarquistas. Incluso puede suceder que se tome un nombre como bandera, sin que eso signifique conocer a fondo las ideas de ese hombre simbólico. ¡Cuántas luchas no han tenido lugar en los últimos años entre marxistas y bakuninistas y, sin embargo, cuán poco se ha leído a Marx y a Bakunin! Es que tanto individual como colectivamente, pero más colectiva que individualmente, se siente una tendencia a forjar símbolos que concretan nuestros deseos y aspiraciones, y la humanidad se mueve tras esos símbolos creados por ella misma, como tras los más concretos programas. Para el cristiano era la cruz todo el resumen de sus anhelos emancipadores, la bandera roja ha sido también un símbolo más elocuente para las grandes masas que los libros mejor escritos. No esperemos que nuestra revolución, la revolución social de los oprimidos y los explotados, haya de diferir substancialmente en su desenvolvimiento de las revoluciones anteriores. El mismo mecanismo psicológico que ha producido los grandes movimientos históricos de las masas, pondrá en acción las fuerzas colectivas que han de destruir el fetiché estatal y todas las instituciones del privilegio y construir el nuevo orden social de libres y de iguales

D. Abad de Santillan



Thomas Münzer

Cuando se habla en Alemania de la Reforma, se tiene presente casi exclusivamente aquel movimiento contra la iglesia católico-romana que terminó con la victoria del protestantismo. Pero en realidad aquel movimiento tenía un carácter más profundo y más amplio. De un movimiento unitario no se puede hablar aquí, más bien de una ola de movimientos que, nacidos de las masas, aparecieron en los más diversos países y sólo tenían una cosa de común: que se rebelaban contra la autoridad de la iglesia y fueron perseguidos por ésta del modo más cruel.

Ese movimiento existía largo tiempo antes de que Hus y Hieronymus fueran quemados, mucho antes de que el monje agustino de Wittenberg clavase sus tesis a la puerta del palacio eclesiástico, a las cuales se atribuyó más tarde una importancia que nunca tuvieron, y cuyo pobre contenido había sido sobrepasado hacía mucho por los tumultuosos revolucionarios y los impetuosos de aquel período. La Reforma, ante todo, era un movimiento social que no sólo se levantaba contra las protuberancias de la iglesia papal, sino también contra los privilegios de la nobleza, de los príncipes y de los ricos patricios, que mantenían en dura servidumbre especialmente a las grandes masas campesinas.

Centenares de sectas revolucionarias y heréticas, se habían difundido entonces por toda Europa, y muchas de ellas pertenecían al llamado kiliatismo, es decir aquella doctrina de un reino milenarista que no conocería ni señores ni esclavos, ni propietarios ni desposeídos. Un reino de la paz, de la libertad y de la propiedad común debía ser, nada de Paraíso prometido después de la muerte, sino un reinado sobre la tierra, de cuya proximidad se estaba firmemente convencido.

Fueron aquellas doctrinas las que hallaron en las grandes masas del pueblo, un eco viviente y que han hecho de la Reforma un movimiento de las masas. La disputa de los teólogos sobre la bula papal, etc., no habría sido nunca capaz de provocar en el pueblo un hondo interés. Pero la doctrina de la próxima igualdad de todos los hombres, de la abolición de los privilegios y de una gran comunidad fraternal del futuro, penetró en las masas laboriosas con irresistible violencia y dio su verdadera significación al movimiento. Fué ese espíritu el que inspiró la conspiración de los campesinos del sur de Alemania en el "Bundschuh" y el "Armen Konrad", al que abrió un camino hacia el pueblo la agitación de las numerosas sectas comunistas cristianas. Tan sólo después que ese verdadero movimiento popular fué abatido de la manera más sangrienta, hace ya cuatrocientos años, por los príncipes alemanes y los barones con la ayuda de Lutero, y sofocado en la sangre de sus portavoces, no quedó de la Reforma más que una ordinaria cuestión eclesiástica.

La burguesía protestante ha levantado innumerables monumentos a su "gran reformador", y serviles historiadores no se cansan de tejer en torno al hombre de Wittenberg nuevas coronas de laureles que en verdad no ha merecido. Pues fué Lutero el que hizo de la Reforma alemana una causa de los príncipes, que antes de la gran sangría de 1525 había sido una causa del pueblo.

Han pasado cuatrocientos años desde la sangrienta represión de la gran guerra campesina alemana en la que fueron degollados espantosamente ciento treinta mil campesinos, por los verdugos principescos. ¿Quién habla hoy de ellos y de los hombres del pueblo que debieron ofrendar entonces su vida por la causa de los pobres y de los desheredados? ¿Qué sabe el pueblo alemán de un Thomas Münzer, la gran figura profética de la primera revolución alemana, que encarnó en su poderosa personalidad la causa de las masas y del mundo burgués de las finanzas? No se le ha levantado aún ninguna estatua de bronce o de mármol, y su nombre está aun cargado con el odio salvaje de las clases dominantes, cuyo antepasado lo hicieron decapitar hace cuatrocientos años, después de terribles

martirios. Si Münzer hubiera sido un lacayo de los príncipes como Lutero, pertenecería también hoy a los "grandes" de la Reforma. Pero estuvo con el pueblo, con las grandes masas de los campesinos y de los proletarios de las ciudades, cuya causa defendió fielmente hasta la muerte, y por eso nos saluda su nombre desde el alto tribunal, por eso sus adversarios no se cansan de manchar ese nombre con las babas de su odio.

Thomas Münzer nació probablemente en 1490 en Stolberg, Harz. Se cuenta que su padre fué condenado a muerte por el conde local como rebelde y que extinguió su vida en el cadalso; pero esa noticia no ha sido probada. Münzer estudió teología y se hizo sacerdote. Las olas de la Reforma arrastraron pronto la ardiente cabeza en su remolino y cuando Lutero se levantó en lucha contra el Papado, se adhirió a él con entusiasmo. Ciertamente Lutero, que procedía él mismo del proletariado y era hijo de minero, en el primer tiempo de su aparición estaba influenciado aún por ideas radicales y llamaba a los príncipes "los mayores tontos y los pillos más malignos de la tierra". Hasta coquetó un tiempo con el movimiento radical y revolucionario, pero cuando llegó la hora de la prueba, traicionó a la clase de que había surgido, se rebajó a lacayo de los distinguidos y maldijo la causa del pueblo laborioso y sus defensores.

Münzer era de otra pasta que Lutero, era revolucionario hecho y derecho, y por eso no pudo Lutero, a quien conoció pronto perfectamente, atraerlo largo tiempo. Su atrevimiento y temerario espíritu lo impulsó hacia adelante, pues no conoció nunca los obstáculos que trabaron continuamente a Lutero. Arraigado enteramente en el pueblo, se hizo pronto adversario de todos los privilegios e hizo resaltar el carácter económico y político del movimiento que absorbió de las doctrinas del atrevido calabrés Joachim de Fiore, que habló del reinado milenarista de la libertad y de la igualdad en la tierra. Cuando Münzer fué en 1520 como predicador a Zwickau, era natural que entrara en relación allí con el fabricante de paños Nikolas Storch y con los llamados "Schwärmer" (Fanáticos, Exaltados), que predicaban la abolición del sacerdocio y la comunidad de bienes y veían en la organización del Estado una obra de Satanás. Pero su actitud radical en Zwickau lo hizo odioso por parte de los señores, y tras un ensayo desgraciado de rebelión tuvo que huir de la ciudad.

Münzer se dirigió a Praga creyendo encontrar en el país de los laboritas comunistas un buen terreno para su actividad. Probablemente no sabía el rol ambiguo que desempeñó la burguesía de Praga en todo el movimiento revolucionario de aquel tiempo. Así ocurrió que el fugitivo no tardó en verse incomodado en la capital bohemia. Cuando hizo público el 1º de noviembre de 1521 un manifiesto a los hermanos bohemios, manifiesto que disgustó fuertemente a los señores del alto consejo a causa de su tendencia revolucionaria, se vio repentinamente bajo continua vigilancia. Después de muchas andanzas, en las que no olvidó la propaganda y la agrupación de los partidarios convencidos en organizaciones secretas, apareció repentinamente en 1522, con gran sorpresa de sus amigos, en Nordhausen, después de haber desaparecido largo tiempo para todos.

En la Pentecostés de 1523 recibió Münzer por fin un puesto de predicador en la pequeña ciudad de Alstedt, donde se le ofreció un buen campo para su propaganda revolucionaria. Cualquiera otro en lugar de Münzer habría comenzado una vida menos fatigosa. Después de haber sido perseguido años y no haber podido encontrar calma, conociendo todas las amarguras de la pobreza, se le ofreció en Alstedt una cómoda existencia, cuyo encanto aumentó más aún por su casamiento con una ex monja, Ottilia von Gensén. Pero Münzer no había nacido para una vida contemplativa. Sus predicaciones pronto la expectación en toda la comarca. De Eisleben, de Mansfeld, de Langerhausen, de Frankhausen, de Quer-

furt, de Halle, de Ascherleben, etc. acudía el pueblo para oír hablar al valeroso predicador. Particularmente entre los mineros de la comarca de Mansfeld tuvo numerosos partidarios abnegados. Al mismo tiempo fundó una Liga secreta que debía preparar la próxima sublevación y que se extendió en poco tiempo por toda la región. Además Münzer había trabado relaciones clandestinas con organizaciones secretas de otras partes del país a fin de preparar un gran golpe contra las clases privilegiadas. Con Lutero había terminado completamente y lo atacó con violencia a causa de su ambigüedad y de su insuficiencia.

En ese escrito no sólo se dirige Münzer contra Lutero, sino también contra los privilegios de los príncipes y declara que dios no ha dado a éstos el poder de la espada, sino a las comunas.

"Es la mayor abominación de la tierra — dice — que nadie quiere encargarse de la penuria; los grandes hacen lo que quieren... Ved la soga cotidiana de la usura, del latrocinio, del banditismo de nuestros amos y príncipes; toman todas las criaturas como su propiedad, los peces en el agua, los pájaros en el aire, los frutos de la tierra, todo debe ser suyo. Luego hacen propagar el mandamiento de dios entre los pobres y dicen: ¡Dios



THOMAS MÜNZER. Según un cuadro del palacio de Heilbrungen, hoy en la municipalidad de Frankenhausen.

Cuando se propagó cada vez más amenazador el movimiento revolucionario por Alstedt y los alrededores y un ensayo de ponerle diques produjo una rebelión formal, se dirigieron los dos príncipes sajones, Friedrich y Johann, en persona, a Alstedt para estudiar la situación. En esa oportunidad pronunció Münzer ante ellos aquel discurso fogoso y valiente en defensa del derecho a la revolución. De tal modo no se había nunca a los príncipes, Lutero, a quien Münzer en su discurso había atacaado violentamente y dado el mote de "carne suave de Wittenberg", espumarajo de rabia y exigió a los príncipes que procedieran con todos los medios contra ese "predicador del diablo". Münzer se vio pronto acusado a causa de asociación secreta y debió comparecer en Weimar. Se defendió hábilmente, no traicionó nada de sus secretos y fué puesto en libertad por los príncipes bajo amenazas.

Cuando volvió a Alstedt encontró que su situación peligraba, pues el consejo de la ciudad quería entregarlo a sus enemigos. Entonces tomó rápidamente la decisión de dirigirse a Mühlhausen, Turingia, donde un ex monje, Heinrich Pfeiffer, estaba entonces a la cabeza del movimiento revolucionario. Lutero se dirigió a la administración de la ciudad solicitando la expulsión de Münzer, pero el estado de ánimo en la ciudad era tan rebelde, que no hubo valor para proceder contra él. Pero cuando más tarde se produjo una escisión en el movimiento revolucionario, Münzer y Pfeiffer se vieron obligados a abandonar Mühlhausen, dirigiéndose al sur de Alemania, donde la revolución de los campesinos estaba ya en la atmósfera.

En Nuremberg publicó Münzer su famoso escrito revolucionario con este título: "Discurso de defensa altamente motivado y respuesta contra la carne sin espíritu que vive muertamente en Wittenberg, que de una manera falsa, por el robo de los santos escritos, ha manchado deplorablemente la desdichada cristiandad. Thomas Münzer, de Alstedt".

ha ordenado que no robarás!, pero para sí mismos no consideran válido el mandamiento".

Lo claramente que penetró Münzer, por lo demás, toda la posición de Lutero en la Reforma, se vé en las siguientes palabras donde zahiere la vana fanfarronería de Lutero en su aparición en Worms: "¡Quisiera uno dormirse sobre tus pechos ante tu absurda locura de que has estado en Worms ante el reino. Agradece a la nobleza alemana, a quien has untado bien el hocico y diste miel; pues ella no creyó sino que le harías regalos bohemios con sus prédicas, claustros y conventos que prometes ahora a los príncipes. Si hubieras titubado en Worms, antes te habría apuñalado la nobleza que libertado; lo sabe todo el mundo".

Y se descarga de nuevo la cólera de Münzer sobre el doctor "Solapado": "Eres aún ciego y quieres ser lazarrillo del mundo. Y quieres tocar el corazón divino, tú, un pobre pecador y un gusanillo venenoso con tu cacareada humildad... Tú has extraviado la cristiandad con una falsa fe y no puedes referirla".

No es de extrañar que Münzer fuera expulsado poco después de Nuremberg. Se dirigió entonces al Tirolo y de allí a Suavia hasta la frontera suiza, atizando en todas partes la llama de la rebelión que debía estallar pronto. Pues la grandeza de Münzer consistía en que todo movimiento local le era desafecto y en que comprendió claramente que el movimiento revolucionario sólo podía tener éxito si se extendía por toda Alemania. Cuando la cosa pareció madura, volvió Münzer a Turingia. Pfeiffer había vuelto ya en 1524 a Mühlhausen, donde se presentó igualmente Münzer en 1525. La tendencia revolucionaria había vuelto a predominar en la ciudad y cuando apareció Münzer los rebeldes tomaron la ciudad en sus manos y proclamaron la comuna revolucionaria de Mühlhausen.

Según el plan de Münzer, la ciudad, fuertemente fortificada, debía servir a los rebeldes de punto principal de apoyo pa-

ra extender el movimiento desde allí a todas las zonas del país. Las riquezas de las iglesias, de los claustros, etc., fueron recogidas para ser empleadas en la difusión de la revolución. Desde el 26 de abril de 1525 comenzó la guerra campesina en Turingia. Münzer y sus bandas conquistaron Langensalza y Heiligstadt y pronto cayó Eichsfeld en sus manos. También Pfeiffer marchaba victorioso en todas partes, pero él quería limitar el movimiento a un determinado distrito, mientras que Münzer quería darle la mayor difusión posible. Ese desacuerdo en las propias filas dió a los príncipes que se acercaban por todas partes la posibilidad de concentrar sus fuerzas y entrar en campaña contra los rebeldes que además estaban muy mal armados.

A eso se agregó que los pequeño-burgueses que se habían adherido al movimiento, aunque Münzer había prevenido a sus partidarios contra ellos, comenzaron a vacilar cuando el peligro se entrevió. Entretanto, los príncipes habían conseguido derrotar grandes masas campesinas, tomar Eisenach, Langensalza y realizar en todas partes terribles baños de sangre... Münzer estaba con sus partidarios en las alturas de Frankenhäusen, fortificado tras un fuerte de carros. Los campesinos, cuya mayoría estaba muy desanimada por las desastrosas noticias que llegaban, tenían muy pocos morteros y estaban por lo demás muy defectuosamente armados. Los príncipes, que habían conseguido reunir sus mejores ejércitos, disponían de los mejores morteros y además, frente a los 8000 campesinos de Frankenhäusen, estaban en gran mayoría numérica. Sin embargo, trabaron negociaciones con los rebeldes para engañarlos, y aunque Münzer, que comprendió la trama, previno a sus partidarios, se entró en negociaciones y se concertó un armisticio por unas horas. Pero los príncipes, que no pensaron nunca mantener su palabra frente a los campesinos, aprovecharon el tiempo de las deliberaciones para disponer sus tropas en torno a la colina, que todavía se llama Schallachenberg, y mientras los rebeldes, confiando en el armisticio, mantenían aún deliberaciones, estallaron los morteros repentinamente entre ellos. Traicionados por todas partes, los rebeldes se dieron a una fuga precipitada, pero la mayoría fueron muertos.

Münzer mismo consiguió huir a Frankenhäusen, donde sus partidarios lo ocultaron. Pero cuando luego la ciudad fué asaltada por los príncipes y la muerte diezmaba en las calles, fué también descubierto y llevado ante sus verdugos principescos. Entonces se reveló la grandeza de alma y el valor del bravo hombre en toda su fuerza. Cuando se le preguntó por qué había inducido al pueblo e inspirado la rebelión, respondió tranquilamente que había hecho muy bien levantándose contra los opresores para libertar al pobre pueblo doliente. Se debía poner a los príncipes bridas y bocado por tratar tan despiadadamente la libertad del evangelio.

Se ató al hombre indefenso al banco de la tortura, donde tuvo que sufrir espantosos padecimientos. Después se le arrojó en la torre de Heildringen. Desde allí escribió aquella conmovedora carta a sus partidarios reprochándoles que su vacilación y su indecisión eran la culpa de su derrota. Luego les rogó que socorrieran a su mujer, que estaba en cinta, y esperó resueltamente la muerte.

Después de nuevas horrosas torturas se le llevó aferrado a un carro al lugar del suplicio, donde estaban reunidos los príncipes para verlo morir, no sin antes haberse regocijado ante su espantosa tortura. Münzer quedó firme hasta el último momento. Reprochó nuevamente a sus enemigos su crueldad contra el pueblo doliente y les recordó el fin horroroso que les está reservado a los tiranos, según la Biblia. Luego recibió el golpe mortal que le separó la cabeza de los hombros.

Así murió Thomas Münzer, el 30 de mayo de 1525, a los 35 años de edad. Era un verdadero amigo del pueblo, un precursor del socialismo y de la futura liberación de todos los desheredados y los oprimidos.

RUDOLF ROCKER



Las artes plásticas en el extranjero MAURICIO UTRILLO

Me causa menos asombro el éxito actual de Mauricio Utrillo que la sorpresa que me produjo, desde hace mucho tiempo, al comprobar la indiferencia manifiesta hacia su obra por cierta crítica y un núcleo principal de aficionados. Me ha parecido siempre que no era necesario profeta para percatarse de que se trataba de un gran pintor. Yo creo que, si no se le distinguió antes con más prontitud, es por haberse sentido repeler por sus asuntos, aunque ahora venga a reconocerse que no sólo pintó con una extraña y profunda emoción, sino que hubo de revelar la poesía peculiar de ciertos barrios de París.

Después de desdeñarse durante mucho tiempo, se afirma que es nuestro Canaletto o nuestro Guardi, comparación que puede ser placentera al espíritu superficial, pero que no es muy justa. Ha de ser también que fueron sorprendidos por un determinado candor en su pintura y una cierta ingenuidad en la manera con que sabe sentir. En ese caso, se habrían dejado despreciar, del mismo modo que cuando hubo de tratarse de Cézanne o Gauguin. En verdad, candor e ingenuidad fueron en él más aparentes que reales; pues no hay más que examinar una tela de Utrillo para comprobar que es un verdadero temperamento pictórico, es decir, posee un sentido del color, sutil, variado, complejo, y que al servir de una materia admirable, le infunde a los tristes, desesperados aspectos de la vida moderna, algo de magnificencia lujosa.



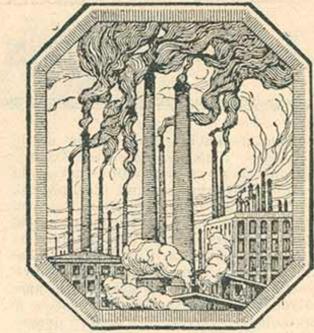
M. UTRILLO — Calle en Corté (Córcega)

Los colores más ricos, los más sutiles, los más fosforescentes, componen el empaste de una pared, de una ruta, y son aplicados de un modo tan convincente, que causa asombro comprobar la limitada selección de elementos básicos. En la textura de tal o cual tela, se podría decir que en ella se mezclaron piedras preciosas molidas, o se apelmazaron flores, o se hurtaron las matizaciones de las alas de las mariposas. Pero los principios fundamentales que se encuentran en Utrillo son de una naturaleza infinitamente más misteriosa. Pareciera que se tratase aquí de modificaciones químicas en tejidos vivos. Con un pintor como Corot, o como Gigou, los colores tienen algo de calidad mineral. Con Renoir, o Berthe Morizot, se dijera que son de esencia vegetal. En cambio, los de Utrillo poseen un desconcertante aspecto psicológico. Estas definiciones han de parecer un poco arbitrarias a simple vista; mas que se inclinen a una primera, segunda y tercera vez sobre un lienzo de Utrillo, examinando las coloraciones especiales, las mezclas secretas, las venas, las esclerosis que otorgan su esplendor, al mismo tiempo opaco y profundo, a tal o cual fachada o muralla, y se verá que ni comparaciones se infinitamente más exacta de lo que pudo parecer al primer momento. A esas zonas empastadas con sabiduría pictó-

ca, Utrillo opone otras más grandes de una coloración igual y unida, en las cuales la inflexible pureza hace surgir los acordes combinados que sirven de acompañamiento. Sus blancos son célebres; se pudieron ver en sus exposiciones recientes, en cuyas telas trunfaban. Poseían algo de fulgurante y de secreto esas tonalidades blancas de Utrillo.

Si se estudia detenidamente una obra de Utrillo se llegará a comprender que en la textura íntima de su temperamento palpita y acecha un misterio, y ese misterio aumentará al conocerle. Circularon muchas leyendas sobre su vida, aunque nadie conozca todavía la verdad.

Se habló con verbosidad inusitada de su alcoholismo, lo cual nada explica, y a ese alcoholismo se atribuyeron sus excentricidades. Pero el alcoholismo de Utrillo resulta ser *dipsomanía*, en lo que existe una gran diferencia; el alcoholismo, llamándose un "vicio", es el reverso de la dipsomanía, que es un estado mórbido y de la consecuencia de un estado misterioso, dentro del cual vive, y nada sabemos de él. Siempre he pensado que el príncipe Muickine, de Dostoewsky (1) debía ser algo análogo a nuestro artista; es, en suma, un hombre que no pudo madurar, quedándole muchos rastros de su existencia infantil. Cuando concluye de pintar, juega con los tranvías de lata o con ferrocarriles minúsculos, o busca at-



conciencia casi exagerada. Era un dibujo de escolar — de escolar genial. Finalizado el primer esquema, colocó un muestrario de tonalidades que cubrieron toda la dimensión del cuadro; allí un azul, más lejos unos rosas frescos, como ciertas conchas; un verde hormiguiento y denso, al lado de un rojo de sangre recién vertida... Y jamás cambiará sus tonalidades, ya que para él su cuadro se halla enteramente realizado; compuesto en su cabeza, no le queda más que ejecutarlo, volviendo una o veinte veces, añadiendo lo que le falta para parecerle definitivamente compuesto.

En la colocación de esos colores primarios puso mucho de su alma — extraña y desorbitada — y esa tela, revestida por la fiesta de esas coloraciones, os infundirá una intensa tristeza, hecha de un horrible sentimiento de soledad moral, una suerte de abandono de lo natal, de lo familiar que nos rodea y de la miseria de todos los días. No es el sujeto que nos comunica esa impresión. Es el pintor. Cuando reproduce un barrio rico — el Parque Monceau, por ejemplo — esta melancolía toma aspectos tan dolorosos entre el contraste de la falsa elegancia de los edificios y la de los árboles, que a pesar de ellos, están impregnados de una innarrable desolación. Las primeras obras, construidas en plena pasta, y al mismo tiempo pesadas en su aglomeración, con sus verdes armoniosos, con rojos translúcidos, con sus grises de plata y grises rosas, resaltantes en negro, inducían a pensar en Pissarro, sin que fuera posible saber dónde éste ejerciera su influencia. Más tarde llegaron las obras más puras, mejor transpuestas, en las cuales se contemplaba el triunfo de esos blancos únicos en el mundo. Esa época y la contemporánea, de tonalidades más vivas y variadas, se han interpenetrado rápidamente. Hoy existe en la pintura de Utrillo algo de más pimpante, de más espontáneo y, también, de un patético menos intenso, según mi parecer.

Evidentemente es un pintor desigual, mucho más que cualesquiera otros que lo fueron, pero sus mejores obras rivalizarán un día, sin duda alguna, con las más bellas. Es suficiente que cierre los ojos para retornar a ver trozos incomparables: una iglesia gris y pura, tan perfecta como un Corot; un acueducto, todo titilante de blanco, que posee la inmortal transparencia de las obras maestras; un cuartel, cuya enorme muralla tiene la profundidad y a la vez el esplendor lívido, semoviente y dorado de los más asombrosos blancos de China — una aldea en la que, en el cielo, el campanario y el caserío juegan en una materia irisada hurtada al nácar; la playa de un mar trágico — un mar que se siente y no se vé; — un extraordinario *Sagrado Corazón*, que parece ser tallado en cristal de roca. Sé muy bien que tales obras serán siempre objeto de la admiración y de la sorpresa de los artistas futuros, así como de la alegría de los museos.

Más tarde se podrá ir a la *Butte*, vagabundear por las calles *Norviss*, *Mont-Cenis*, plaza de *Terte*, para contemplar el *Sagrado Corazón* que durante mucho tiempo nos pareció feo, y donde ahora el alucinante esplendor nos conmueve. No se percibirán esas cosas como eran antes de Utrillo, sino con sus propios ojos veréis toda la belleza que se desprende de ellas.

Lo que Vermeer hizo por Delft; Piranesi por Roma; Guardi y el Canaletto por Venecia; Whistler por Londres, lo realizó Mauricio Utrillo por París.

EDMOND JALOUX

(1) Es el personaje de la novela "El Idiota".

POR LOS SALONES

Nicolás Rémissoff
(Salón Enemigos del Arte)

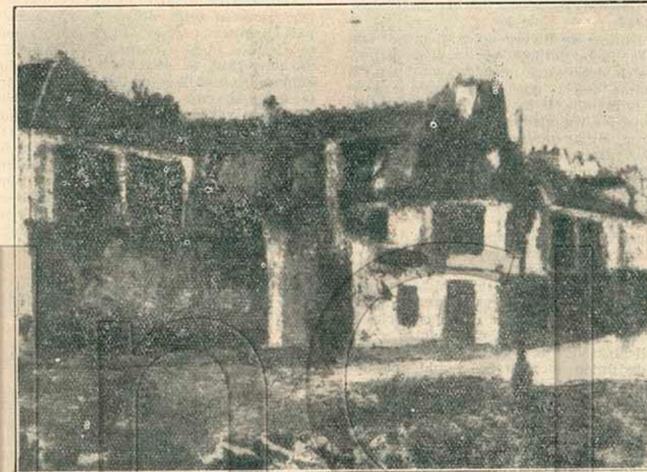
En el catálogo se puede leer una brevísima biografía de este intencionado pintor y decorador de gran vuelo. En mérito a la brevedad hemos de transcribirlo. He aquí:

"Nicolás Rémissoff nació en Petrogrado en 1887. Su prestigio comenzó con la dirección de la revista "Satirikon", en la que colaboraron pintores y escritores notorios. Difundió su nombre con el auge adquirido por los teatros de arte, y especialmente con el éxito del "Chauve-Souris" de Balleff, para el cual pintó un telón que se ha hecho célebre, y proyectó numerosas decoraciones y trajes. Merece citar en particular, sus escenografías para los "Soldaditos de madera", y para "Paisanas en el balancín". Recientemente ha ejecutado el telón, decorados y trajes del "Adolph Bolm. Ballet Intime" y también compuso numerosos fres-

co y contempladas con la profunda alegría de nuestros sentidos, nos bastan para otorgarle nuestra fervorosa admiración. Son sólo diez obras las que se exhiben allí, y sin embargo nos revelan una multitud de bellas e insinuantes sugerencias, en la exuberante fantasía decorativa, en la estilización intencionada y en esa punta de sonriente y maliciosa ironía. Si, la esencia, la miel ática del arte, es esa: la ironía.

"Cochero", "Gatos en la noche", las mismas "Paisanas en el balancín", son de esa calidad. "Las grandes puertas" (Chauve-Souris), "Carnaval", es la rica, cálida y detonante flora ornamental de un asiático hecho ruso.

En esa exposición, decorada con carpetas, cortinas, tejidos y tapetes, hermosos productos de la industria regional rusa, había también, esparcidas sobre las mesas, varias revistas. Nos pusimos a hojearlas. De nuestro examen — ya que no podíamos leerlas — deducimos que un po-



M. UTRILLO — Las casas trágicas.

cos murales en viviendas particulares. Sus cuadros figuran en varios museos de Europa y América del Norte. Sólo el "Chicago Fine Institute", posee seis de sus telas.

Por supuesto, esta exposición fué organizada por su camarada en arte, Adolfo Bolm, el portentoso rey Dodon, en "L'Coq D'or" de N. Rimsky Korsakov.

Permitásenos un pequeño introito. El renacimiento plástico ruso que se está produciendo como un desatado torrente salvaje, necesitaría dedicarse un espacio que por ahora no disponemos, ni ganas nos dan de usarlo.

Donde la renovación se ha producido con más intensidad y extensión, es en la enseñanza de las Escuelas de Bellas Artes. El concepto de la antigua *bottega* del renacimiento, ha sido adecuadamente transplantada al país ruso. A todos los aprendices de pintores, se les imparte una enseñanza manual y se les obliga a ejercer un oficio dentro del radio del arte, ya sea litografías, grabados y artes aplicadas en general. Para los educandos existe la más libérrima independencia para manifestarse. Así se construye con bases sólidas, conservando íntegramente la personalidad, a fin de que los cimientos de la educación artística del supuesto pintor, escultor y etc. resista el peso de las creaciones futuras.

Petrov Wodkine es uno de los directores de esas escuelas, y de quien hemos de hablar algún día informando sobre los métodos modernos que vah más allá que todas las tendencias de vanguardia existentes en Europa.

Pero hablemos de Rémissoff, de quien algunas decoraciones vistas en el Colón

deroso movimiento novador se está incubando en Rusia. Especialmente en lo decorativo. Más, el arte interpretativo de una originalidad punzante de un Grigorieff, y de muchos otros, que con sus dibujos y cuadros se hallan al mismo nivel, nos preannuncian que si en estos tiempos ha de surgir un renacimiento de las artes plásticas en sus manifestaciones individuales, ese inmenso país — Rusia — está más preparado que los demás.

Es indudable que un nuevo estado de espíritu se ha formulado ya entre las poblaciones rusas. Una nueva forma de vida se está elaborando en ese inmenso crisol.



El estado social anarquista y los idiomas humanos: un paralelo

El principio básico de la anarquía es la libre evolución, la única garantía real para que una cosa alcance el más alto grado posible de perfección. La evolución y el progreso sólo son armonizables con la libertad, no con la autoridad, ya tenga la forma directa de la coacción o la indirecta, aparentemente benévola, de la tutela y de la protección. La libertad es también la única medicina para todas las recaídas en las tradiciones autoritarias de los tiempos pasados, que pueden acontecer aquí y allí en una sociedad libre.

Seríamos soñadores inofensivos si construyésemos por vías abstractas o extrajésemos sólo de la fantasía nuestras ideas de un estado social basado en la libertad, la anarquía. Más bien vemos éste realizado en todo organismo viviente en la naturaleza y sólo momentáneamente encubierto, oscurecido, en el organismo de la sociedad humana, a causa de condiciones desfavorables, pero no *ausentes*; pues si esa idea no hubiera existido siempre en estado latente, sería naturalmente imposible imponerla artificialmente a la sociedad. Lo cierto es que se trata aquí únicamente de extirpar la mala hierba de la autoridad con todas sus consecuencias, crecida durante el curso de milenios, y de abandonar a los hombres a sus tendencias naturales anárquicas, con lo que se agruparán por sí mismos en la forma de sociedad libre que les agrada.

Como ejemplo de un organismo anárquico realmente existente podemos considerar el idioma humano, y al mismo tiempo señalar con la historia del desenvolvimiento de la interpretación y explicación del mismo, los resultados inexactos que nacen de la interpretación autoritaria, y cómo en la ciencia que trata de explicar el idioma, la filología comparada, se abrió ya camino desde hace mucho el reconocimiento del método anarquista como el único que hace posibles los resultados científicos.

Hubo un tiempo en la historia de la investigación filológica, en el cual cada uno que había agrupado un par de palabras de sonido semejante, deducía las consecuencias que mejor le parecían y finalmente, por lo general, lo atribuía todo al hebreo como idioma originario. A ese período corresponden las concepciones de la sociedad humana como masa de seres que viven en común arbitrariamente o más o menos por la providencia "divina", para cuya explicación presente se aplicaban todas las medidas posibles y finalmente se relacionaba todo con el estado "bíblico" primitivo.

La investigación filológica se convirtió tan sólo en ciencia cuando se estableció, por la sucesión de una gran cantidad de fenómenos equivalentes, la conexión de determinados idiomas y se explicó su diversidad entre sí por la acción de determinadas leyes, las *leyes del sonido*. Con esas leyes del sonido no se procedió muy exactamente al principio, frente a los muchos casos aparentemente en contradicción, se reconocieron excepciones por razones más o menos plausibles, etc.; pero ese punto de vista fué sustituido paulatinamente por otro que aceptaba la más estricta consecuencia, y que no reconocía ninguna excepción ante las leyes del sonido. Todo fué sometido a ellas. Entonces, en 1860-70, los resultados tenidos por seguros fueron agrupados por Schleicher en su famoso *Compendium* de la gramática comparada de los idiomas indo-europeos; cuando se toma ahora ese libro, se le compara involuntariamente con el Código y el esquematismo administrativo de una sociedad estatal-socialista. Hace derivar de un "idioma primitivo" artificialmente creado, con una severa consecuencia, mediante una serie de leyes, todo fenómeno de los idiomas indo-europeos; falta todo sentimiento de la libertad en la evolución del idioma; se presenta ante nosotros como una democracia jerárquica organizada, todo el edificio, seco y muerto.

Esa graduación corresponde a la concepción social de los socialistas autoritarios. El *Compendium* de Schleicher es en cierto modo una utopía autoritaria elaborada en sus menores detalles. Después de asentar al principio la acción de determinadas leyes sociales naturales, aunque sin comprenderlas con perfecta penetración, reconociéndoles una cierta amplitud, llegaron por fin los representantes del socialismo autoritario a la idea digna de un mandarín chino, de la regularización estatal general de toda producción, y en la práctica a la idea de una burocracia directriz jerárquicamente organizada, que subordinó toda la sociedad al ejercicio de los llamados derechos democráticos, sin dejar espacio alguno a la libertad individual.

Lo mismo que esos conceptos, según nuestro punto de vista anarquista, se demostraron falsos en el dominio social, se demostraron falsos también en el dominio filológico, desde hace mucho, y han sido dejados al margen por la ciencia, mientras que aún vegetan en las cabezas de socialdemócratas autoritarios que se las dan de "científicos".

En la filología se hizo al comienzo de 1870-80 una serie de progresos en dirección a la interpretación libertaria. Primeramente apareció la teoría de las *ondas* en lugar de la teoría del *árbol genealógico*; es decir, mientras que antes se suponía que las raíces indo europeas procedían de un centro común en filas compactas, luego se separaban, etc., y de esas divisiones surgían después los diversos grupos idiomáticos, e idiomas, se supuso que los hombres estaban al principio en posesión de un idioma común en un gran distrito y luego se fueron separando mediante la agrupación en torno a centros locales, llegando así poco a poco a la diversidad de idiomas. Pero se reconoció en cierto modo que la diferenciación de los idiomas no se realizó de "arriba a abajo", como ocurrió en la formación de los distintos Estados, sino de "abajo a arriba", es decir, como se desenvolvía gradualmente una agrupación libre de las diversas comunas y grupos.

Se comenzó después a partir del diverso vocalismo confuso de los idiomas europeos como de lo originario, mientras que antes se consideraba más antiguo por ser más simple el vocalismo uniforme que agrupaba las vocales *a, e y o* en *a* de los idiomas arios de Asia. Al encontrar la prueba de la nueva interpretación se debió reconocer que los idiomas no evolucionaban de la simplicidad a la diversidad, de la centralización a la autonomía, sino que éstas, diversidad y autonomía, son las más viejas y generales y sólo se han concentrado bajo determinadas circunstancias en determinados lugares para la uniformidad y la unidad. Eso corresponde al reconocimiento del principio de la diversidad, de la desigualdad como resultado natural de la libre evolución — frente a la uniformidad y a la centralización procedente de la violencia, ya extenuada e incapaz de evolucionar.

Finalmente, y ese es el progreso más importante, reconocieron primeramente los "jóvenes filólogos" — que fueron por eso tan combatidos e insultados por parte de los socialistas autoritarios — que junto a las leyes del sonido existe el principio de la asociación de las formas, de la formación por analogía, es decir, el principio de la libre asociación de unas formas con otras, que se atraen por algún rasgo común; las leyes del sonido no tienen excepciones, pero toda forma puede eludir su acción adhiriéndose a otras formas próximas por su esencia, y permanecer fija, o transformarse de acuerdo a una nueva modalidad, independiente.

Gracias a este último progreso el idioma se concibe ya casi como lo que es, como un organismo que se desarrolla libremente, es decir, anárquicamente.

El individuo filológico, es decir, la palabra, es modificada en el curso del tiempo por nuevas leyes del sonido, es decir, por el hecho de que los instrumentos del lenguaje de un cierto número de hombres, por razones más o menos conocidas,

articulan paulatinamente diversos sonidos de otro modo a como debe hacerse con todos los sonidos contenidos en las palabras. Lo mismo serán afectados en una sociedad libre los hombres por la modificación de las condiciones externas de la producción y todas las demás circunstancias posibles, y entre personas de la misma naturaleza resultará por sí misma una manera de obrar afín, correspondiente a las exigencias de la situación — sin necesidad de un gobierno.

Pero en los idiomas se presenta el caso que una palabra tiene algo de común con una serie de otras palabras, en las que no puede actuar la nueva ley de los sonidos, y entonces se adhiere a menudo a éstas y elude la ley del sonido — cuál de ambas cosas acontece en un asunto que no puede decidirse ninguna autoridad, sino sólo el hecho mecánico de la magnitud de la fuerza atractiva de éste o de aquel grupo de fenómenos. Igualmente en una sociedad libre se asocian personas en un caso determinado, a pesar de su conexión interna con un grupo, a otro grupo al que se sienten atraídas por algo más — o quieren encontrar otra solución enteramente nueva, que les parece la mejor, por la experiencia señalará quién tenía razón. Hay también en el idioma formas dobles, de las cuales unas siguen la ley del sonido y otras la de la analogía: más aún, otras se pueden adherir a otras agrupaciones. Esto corresponde al principio de la libre separación y de la libre entrada en los grupos de la anarquía; cuando no se llega a un concierto no se trata de oprimir al adversario, sino que cada cual sigue su camino y busca su dicha como mejor entiende. En el idioma muere la forma incapaz de vivir o se localiza: así un grupo separado puede asociarse con otros o limitarse a un determinado dominio donde encuentra únicamente las condiciones favorables para su existencia, etc.

Finalmente, hay en los idiomas una serie de casos en apariencia aislados que no han podido ser completamente explicados según las leyes conocidas del sonido y las analogías conocidas hasta aquí. Naturalmente, muchos serán explicados aún por la vía ordinaria, poco a poco, pero se debe conceder que hay factores determinantes de toda especie posible que no se pueden precisar fácilmente; por ejemplo, la influencia de la frecuencia del empleo de una palabra, la influencia de la significación que da la pronunciación de un cierto modo, con una cierta fuerza, etc. Lo mismo habrá en la sociedad libre personas que vivirán los cuadros ordinarios de los hombres agrupados por una parte de acuerdo a la localidad, por otra de acuerdo a la ocupación y a la inclinación — para compararlos con las formas del idioma surgidas de las leyes del sonido y de las formaciones por analogía — y desearán seguir su propio camino. Arraigan naturalmente, a menudo más de lo que creen, en las condiciones comunes a todos, pero cuando quieren marchar por su propia ruta, nada se lo impide, y su individualidad decisiva puede algunas veces servir de ejemplo para muchos, que les seguirán, como en los idiomas las formas aisladas son algunas veces el punto de asociación para ulteriores formaciones por analogía. Así conserva el idioma, como la sociedad libre, todos los derechos de la individualidad.

Un idioma consiste en una cantidad de dialectos, que no son algo así como "idiomas subordinados", sino sólo abstracciones, agrupaciones hechas por nosotros mismos de los fenómenos del idioma del ambiente comunes a un número de individuos; en el centro de un distrito dialectal tiene el idioma de los habitantes, por ejemplo, un 95 por ciento de rasgos comunes, mientras que un 5 por ciento son rasgos individuales distintos; en las fronteras pueden bajar los 95 por ciento a 80 70 60 por ciento, y el resto puede señalar un número creciente de rasgos comunes con los dialectos vecinos, hasta que se debe decir — en cuantos el 95 por ciento originario no sólo en el número, sino también en la calidad, se reduce a menos de la mitad — que comienza allí el otro dialecto. No hay, pues, ninguna frontera determinada, aparte de los lugares donde existen montañas, ríos, o donde las condiciones los obstáculos artificiales a la comunicación. La sociedad anarquista consiste igualmente en un gran número de individuos y de grupos autónomos, que sólo excepcionalmente están separa-

dos entre sí, mientras que por lo general coexisten, se compenetran por ciertas cuestiones comunes no obstante su independencia. Y así como en la persistencia de los dialectos se desarrolla un idioma escrito, una lengua común del ambiente, así existirá entre los grupos, conservando su autonomía, toda la solidaridad que hará bienvenida a toda persona en todo grupo cuya libertad respete.

Se tendrá que conceder, pues, la prevalencia del principio de la libertad en los idiomas. Nosotros decimos que la libertad es el mejor medio para todo, incluso contra el "libertinaje". Hasta aquí los gobiernos han pasado por altos los idiomas y ni les impulsieron leyes coactivas ni los tutelaron mediante la "protección". (No nos referimos aquí a la ridícula e infame prohibición de un idioma o a la impresión de libros en él, sino a la estructura gramatical de los idiomas, a las teorías del sonido y de las formas y a la sintaxis, que hasta ahora no han sido sometidas y permanecen sin proteger). Puede hacer cada uno lo que quiera — y sin embargo, gracias a la libertad que forma su naturaleza interior, el idioma continúa imperturbable su camino. Puede imaginar las más absurdas innovaciones filológicas, propagarlas y aún hablarlas; de todo eso entra temporalmente una palabra en el idioma, pero languidece pronto si carece enteramente de valor. No obstante los espantosos malos tratos del idioma alemán, como en el estilo de la cancillería o en la literatura del siglo XVII, conservó ese idioma su forma real como lengua de un ambiente, casi ajeno a todo ese estilo pedante y ese hinchazón. Una modificación esencial artificial del idioma no es imaginable, y pronunciarse por la adopción de un idioma universal es tan infantil como la creencia en el establecimiento de una regulación universal de la producción, en una máquina de Estado socialdemócrata que abarque toda la tierra. Sin embargo, nada se opone a todos esos ensayos — aparte de que rebota impotentes en la libertad de los idiomas mismos. Así, en una sociedad libre, toda violencia contra los llamados delincuentes — es decir, contra los que inciden las actuales concepciones autoritarias — es innecesaria y sólo aprovecharía a su causa, es decir, perjudicaría la libertad de todos. Son impotentes frente a la libertad general. Los entusiastas de los establecimientos universales socialdemócratas de trabajos forzados incurrir en el mismo ridículo que los descubridores de idiomas mundiales.

Lo que hemos intentado explicar en el dominio de la historia de las teorías filológicas, podemos señalarlo en otros dominios. El camino del desenvolvimiento de toda ciencia va de la autoridad a la anarquía. Si se descubre un nuevo dominio del saber, se encuentra una cantidad de material sin orden con el cual algunos precursores de la verdadera investigación, mediante el descubrimiento de algunas leyes aparentes, intentan construir de arriba a abajo un gran edificio que puede asentarse en las nubes, pero que carece de fundamentos efectivos en la realidad. Tan sólo después se procede por el camino opuesto, el de la síntesis en lugar del análisis precipitado. No se va de las unidades aparentes a lo diverso, sino de lo diverso a la unidad, motivada por alguna circunstancia. Se advertirá poco a poco lo infinitamente raro que es lo realmente unitario (que como absolutamente uniforme no existe). Se comprende como es todo infinitamente más complicado de lo que se suponía; en relación a los resultados se vuelve uno más y más escéptico; pues la realidad es casi siempre sorprendente, tanto si es simple como si es complicada hasta la suposición perspicaz. Se conocen muchos factores en la construcción que sigue la libre, es decir, la natural fuerza de atracción y de repulsión, de los cuales sólo algunos se cree haber comprendido gradualmente. El que ha aprendido a considerar de ese modo el material de una ciencia, tendrá que llegar a la convicción de que una sociedad sólo se encuentra en una situación susceptible de desenvolvimiento cuando los individuos particulares pueden utilizar y desarrollar convenientemente las energías existentes en cada uno mediante la asociación con otros o también por sí mismos.

— y no cuando tiene que ser regulada de arriba abajo, artificialmente, la evolución de todos, por la autoridad, sea la dominación de la mayoría, las leyes, la fuerza, lo que no sólo es indigno de los seres humanos, sino también, felizmente, imposible. Y el que llega a esa convicción es anarquista y se sentirá apremiado a aceptar en la forma que bien le parezca la lucha por los fines de la anarquía, la lucha contra la autoridad y todas sus funestas consecuencias.

A. SCHAPIRO

Las internacionales sindicales

AMSTERDAM, MOSCÚ, BERLÍN

I.— Introducción.

Desde la fundación de la primera Internacional, la clase obrera de todos los países no había cesado de intentar la agrupación de sus fuerzas a fin de poder llegar a una conexión internacional que se convirtiera en una fuerza capaz de colocarse frente al capitalismo mundial. Desde entonces se han puesto de manifiesto también dos grandes líneas divergentes en todas las expresiones nacionales e internacionales de la clase obrera organizada. Pero mientras que en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada en 1864 por los trabajadores franceses e ingleses, esas divergencias, que culminaron en la escisión entre marxistas y bakuninistas en el congreso de La Haya en 1872, eran representadas por grandes individualidades, con un número comparativamente débil de adherentes, esas mismas divergencias son representadas hoy más bien por grandes movimientos de masas que por individualidades.

Porque esas divergencias siempre subsisten. Lejos de decrecer, se profundizan, lejos de debilitarse no hacen más que reforzarse. Sería, pues, importante examinar la marcha de los acontecimientos desde que los trabajadores han comenzado a querer organizarse independientemente de las razones que han podido llevar a un profundizamiento de las divergencias fundamentales sobre la misión y el destino de las organizaciones económicas de la clase obrera.

Recordemos que después de la muerte de la primera Internacional todos los congresos internacionales del proletariado tuvieron, hasta 1896, un carácter mixto y heterogéneo; podían participar en ellos con igual derecho los partidos socialistas, las organizaciones anarquistas y los sindicatos obreros. Fué ese el período del frente único — pero fué también el de la educación, de preparación, de tanteos. En 1895 ya, el congreso socialista internacional de Zurich prohibió a las organizaciones antiesocialistas participar en sus trabajos. A pesar de eso, en Londres, en 1896, el congreso internacional, aunque sin anarquistas, se halló rodeado de organizaciones obreras — venidas sobre todo de Francia y de Holanda — que habían abrazado los principios federalistas y antiesocialistas.

En ese congreso se decidió que en lo sucesivo no podrían tomar parte en los congresos internacionales más que los partidos y organizaciones que reconociesen la acción política, es decir, el centralismo y la conquista de los poderes públicos (1).

(1) He aquí la moción votada en el congreso de Londres de 1896:

"La comisión de reglamentos del congreso se encarga de preparar la invitación al próximo congreso, dirigiéndose exclusivamente: 1.— A los representantes de las organizaciones que aspiran a substituir la propiedad y la producción capitalistas por la propiedad y producción socialistas y que consideren la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios para llegar a ese fin.

2.— A las organizaciones puramente obreras que, aun no tomando una parte activa en la política, declaran reconocer la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria; los anarquistas, por consiguiente, son excluidos".

— y no cuando tiene que ser regulada de arriba abajo, artificialmente, la evolución de todos, por la autoridad, sea la dominación de la mayoría, las leyes, la fuerza, lo que no sólo es indigno de los seres humanos, sino también, felizmente, imposible. Y el que llega a esa convicción es anarquista y se sentirá apremiado a aceptar en la forma que bien le parezca la lucha por los fines de la anarquía, la lucha contra la autoridad y todas sus funestas consecuencias.

En consecuencia, el congreso apela a los trabajadores de todos los países a fin de organizarse en uniones industriales independientes y de unirse sobre la base

Esa fué la escisión definitiva que en un cierto grado nos vuelve una vez más a la lucha entre Marx y Bakunin, que tuvo su punto culminante en el congreso de La Haya de la primera Internacional.

El movimiento obrero debía comenzar a buscar su propia ruta, independiente de todo partido político.

Estas aspiraciones del movimiento obrero no recibieron su primera forma concreta, desde el punto de vista internacional, más que en 1902, cuando en la conferencia obrera internacional de Stuttgart se creó un secretariado sindical internacional a la cabeza del cual fué puesto Legien, de los sindicatos alemanes.

Esa primera tentativa furtiva y amorfa continuó siendo el único organismo obrero con trazas de lazo internacional de informaciones mutuas. Y no es sino diez años más tarde, en Zurich, en 1913, cuando se promovió la cuestión de una organización definitiva de una Internacional sindical.

Durante ese tiempo, los elementos obreros opuestos a la política y a la acción parlamentaria permanecían completamente aislados unos de otros. Pero ese mismo año, 1913, no sólo vió reunirse a los adherentes del secretariado sindical internacional, sino también a los partidarios cada vez más numerosos de un movimiento obrero revolucionario, que se encontraron en Londres para tratar de crear un movimiento homogéneo en el sentido del sindicalismo evolucionario tal como comenzó a desarrollarse no sólo en Francia bajo el impulso de Pelloutier, de Pouget, de Griffuelhes y de otros militantes socialistas, sino también en España, en Alemania y en América del Sur.

II.— El despertar obrero en la víspera de la guerra.

Ya en el congreso de los sindicalistas que se celebró el 27 de septiembre al 2 de octubre de 1913 estuvieron representados más de 250.000 obreros.

Entre los países donde la organización obrera adquirió forma clara y se organizaba nacionalmente, se puede mencionar la Argentina, Brasil, Alemania, Holanda, Italia y Suecia. Francia acababa justamente de volver a ocupar su puesto en el secretariado sindical internacional, en cuyas sesiones se había rehusado participar hasta entonces, y no estuvo representada en el congreso sindicalista más que por algunos pequeños sindicatos de provincia y por los obreros de la construcción que, en todo tiempo, fueron en Francia la vanguardia del movimiento sindicalista revolucionario.

He aquí la declaración aprobada por ese congreso sobre la misión del sindicalismo:

"El congreso, reconociendo que la clase obrera de cada país sufre la esclavitud del sistema capitalista y estatista, se declara por la lucha de clases, por la solidaridad internacional y por la organización independiente de la clase obrera sobre la base federativa. Aspiral al desenvolvimiento material e intelectual inmediato de la clase obrera hasta la abolición del sistema capitalista y estatista.

El congreso declara que la lucha de las clases es una consecuencia inevitable de la propiedad privada de los medios de producción y de distribución y preconiza la socialización de esa propiedad y el desenvolvimiento de los sindicatos en organizaciones productoras aptas para encargarse de la dirección de la producción y de la distribución.

Reconociendo que los sindicatos internacionales no llegarán a ese fin más que cuando cesen de estar divididos por diferencias políticas y religiosas, declara que la lucha es de un carácter económico, entendiendo por eso que no cuenta, para llegar a su objetivo, con las asambleas gubernamentales o sus miembros, sino únicamente con la acción directa de los trabajadores organizados.

En consecuencia, el congreso apela a los trabajadores de todos los países a fin de organizarse en uniones industriales independientes y de unirse sobre la base

de la solidaridad internacional para obtener su emancipación y libertarse de la dominación capitalista y estatista" (1).

Encontramos ya en esa resolución los tres puntos cardinales que se repetirán más tarde, cuando las organizaciones económicas revolucionarias hayan encontrado la posibilidad de organizarse sobre una base firme. Esos tres puntos son:

1. La destrucción, no sólo del capitalismo, sino también del Estado.

2. La transmisión a las organizaciones económicas de la administración de la producción y de la distribución.

3. La acción directa, que excluye toda acción política.

En cuanto a la cuestión de la forma de la nueva organización internacional, no fué resuelta en la dirección que querían darle la mayoría de los países representados (Holanda, Alemania, Suecia, etc.) — por la creación de otro secretariado opuesto al de Legien. Las dificultades en otros países y sobre todo en Francia, donde la C. G. T. acababa de adherirse activamente al secretariado internacional de Berlín, forzaron al congreso a contentarse con un Comité de información solamente, que tendría por fin:

"1. Desarrollar, por una correspondencia regular, el conocimiento recíproco de las fuerzas sindicalistas de los diversos países.

2. Publicar un boletín que resuma los hechos, estadísticas y todas las informaciones concernientes al movimiento sindicalista internacional.

3. Contribuir a todas las manifestaciones de la solidaridad internacional que interesen a las organizaciones adherentes.

4. Organizar los congresos sindicalistas internacionales" (1).

Menos de un año más tarde sobrevino la guerra. Devoró en una misma sima las tentativas del Secretariado internacional de Berlín y del congreso sindicalista de Londres de querer unir a los trabajadores del mundo.

Los proletarios de todos los países se desunieron ferrozmente y sobre el altar de un militarismo mundial inaudito hasta entonces, fueron innotadas millones de vidas proletarias y la mayoría de las organizaciones obreras de todos los países beligerantes.

III.— El gran silencio.

Durante los años malditos de la gran guerra, las organizaciones sindicales de los países beligerantes se adhirieron al principio de la unión sagrada. En los países en donde las organizaciones sindicales revolucionarias comenzaban a arraigar, el monstruoso chauvinismo promovido por la guerra arrancó de cuajo todos los jóvenes arbustos. Sería muy importante notar al efecto la actitud de las organizaciones sindicalistas durante el período de las hostilidades.

La ola guerrera que englobó en un cierto momento, en un solo bloc, a capitalistas, imperialistas, socialistas y aun anarquistas, no se detuvo en las organizaciones económicas. Estas también tuvieron que sufrir la presión nacionalista y patriótica. La actitud de ciertos órganos sindicales, no sorprendió, sin embargo, excesivamente al mundo obrero. Así los "sindicatos libres" de Alemania, conocidos ahora bajo el nombre de Allgemeine Deutsche Gewerkschaftsbund, llaron su suerte a la del imperio alemán y proclamaron su abnegación a los ejércitos del kaiser. En Inglaterra, la General Federation of Trade Unions se convirtió en un agente de reclutamiento del gobierno británico. En Francia nos encontrábamos frente a una organización sindicalista revolucionaria — la C. G. T. — que, enloquecida y desbordada también por los

(1) No existe un informe oficial del congreso. Los diferentes órganos sindicalistas de la época, que habian publicado esa resolución, dieron traducciones incompletas. Tomamos el texto a "Solidaridad Obrera" de Barcelona, del 16 de octubre de 1913. Ese texto no contiene, sin embargo, el fin del párrafo 1 ("sobre la base federativa"); esas palabras existen en las traducciones alemana ("Einigkeit", oct. 11, 1913) y holandesa ("De Arbeid", oct. 11, 1913).

(1) "Bataille Syndicaliste", 5 de octubre de 1913.

acontecimientos, se sacrificó en el altar de esa unión sagrada.

Mientras que las grandes organizaciones obreras se quebrantaban moralmente en las rocas de la guerra capitalista, las pequeñas organizaciones sindicalistas que comenzaban a brotar presentaban, al contrario, un frente antimilitarista de resistencia contra los crímenes de la guerra y de oposición a la guerra misma. Los sindicatos localistas de Alemania (que constituyen el núcleo de la Freie Arbeiter Union Deutschland después de la guerra), fueron sofocados por el puño férreo del militarismo alemán; en Italia, la Unión Sindical Italiana, fundada casi la víspera de la guerra, en 1912, tuvo todos sus militantes presos o perseguidos.

Las organizaciones sindicales de los países neutrales, bien que al margen de la lucha directa, recibieron inevitablemente el contragolpe de la debacle de sus vecinos. Los sindicalistas de España, de Portugal, de Suecia y de Holanda estaban condenados a una inactividad forzosa (1) Con las relaciones internacionales rotas, con el mejoramiento de la situación interior de esos países a cuenta de los pueblos beligerantes, gracias a la fabricación de materiales de guerra para los dos grupos de ejército — los militantes de esos países no entrevían más que una sola esperanza — la de tener paciencia para esperar el fin de las hostilidades, la de conservar sus pequeñas filas cerradas en torno a sus organizaciones empobrecidas por los acontecimientos demasiado bruscos y demasiado poderosos, y tratar, costase lo que costase, de resistir de pie a la ola devastadora, a fin de poder, el día de la paz engañosa, lanzarse con más ardor que nunca en esa otra batalla — la nuestra — de todos los oprimidos contra todos los opresores.

En cuanto a las tentativas de esbozos de Internacionales obreras — el secretariado sindical internacional de Berlín y el burgeo-internacional de información de Amsterdam — tuvieron una suerte todavía más triste. Con las tres cuartas partes de Europa en guerra, con la clase obrera muriendo en los campos de batalla, ofrecida en holocausto al capitalismo sediento de sangre y riquezas, con la clausura hermética de las fronteras, con leyes marciales por doquier — esos órganos de fraternización universal del proletariado espiraron el día en que el alba sangrienta se levantó en agosto de 1914, por sobre el horizonte del mundo civilizado.

Fué el gran silencio de muerte que cayó sobre el mundo obrero. Duró cuatro años. Ningún resplandor de esperanza en la Europa occidental. Ninguna perspectiva a que poder aferrarse para no perder por completo la esperanza en la humanidad torturada y martirizada.

IV.— La esperanza de la revolución rusa.

Si. Un resplandor iluminó repentinamente el campo de batalla. Apareció como en un sueño, en medio de la carnicería humana. El clásico *ex oriente lux* adquirió formas concretas.

La revolución rusa del 12 de marzo puso en conmoción toda Europa. Surgieron nuevas esperanzas, no sólo en el seno de las masas trabajadoras de Rusia, sino que los explotados del mundo entero sintieron crecer sus anhelos: primero, porque la guerra terminaría pronto y luego porque la era de la emancipación se abría amplia y plena de promesas.

Los acontecimientos se desarrollaban con una rapidez vertiginosa. Mientras que la guerra continuaba sus estragos y diez-maba millones de vidas humanas, la Rusia proletaria, descontenta de una revolución realizada solamente a medias, que riendo algo más que la abolición del régimen zarista y su remplazo por un régimen de coalición, burguesa, marchaba a grandes pasos hacia un cambio de todo su sistema social y proclamaba, el 7 de noviembre de 1917, la destrucción de la propiedad privada, la decadencia de la burguesía y del capitalismo, el advenimiento del reino obrero y campesino. La canción revolucionaria francesa:

(1) La Confederación Nacional del Trabajo de España ensayo, en octubre de 1914, la convocación de un congreso en El Ferrol, contra la guerra. Pero existían ya los pasaportes, y el congreso no pudo celebrarse.

Ouvrier, prends la machine, Prends la terre, paysan se convertía en una realidad.

¿Es preciso asombrarse de que una tal erupción volcánica en medio de la carnicería mundial que continuaba haya dejado rastros profundos en toda la marcha de los acontecimientos desde entonces?

Cuando la guerra se terminó en noviembre de 1918, todos los ojos se dirigieron hacia Rusia, hacia el país donde había terminado la guerra hacía más de nueve meses y donde parecía brillar para los trabajadores del mundo la aurora de una nueva era emancipadora.

Las masas obreras tenían sed de libertad, después de los cuatro años de esclavitud, de miseria y de relajamiento físico y moral. La revolución alemana, que siguió exactamente un año después de la revolución rusa, estimuló más aún a la clase obrera oprimida. La era de la emancipación de la humanidad parecía abrirse ante los ojos de la Europa sangrientada.

Pero eso no fué más que un espejismo.

Las revoluciones húngara y bávara fueron abatidas despiadadamente, por el militarismo, la revolución alemana fué detenida en su desarrollo por la mano fría e inanimada de la social-democracia alemana, y por fin la revolución rusa misma parecía marchar por una ruta falsa bajo el knut dictatorial de una camarilla política; las masas obreras del mundo entero se sintieron desorientadas en el laberinto de revoluciones rotas y de reacciones triunfantes y se encontraron repentinamente ante una encrucijada de donde partían rutas diversas, pretendiendo todas llevar hacia el fin común del proletariado, — su liberación completa de toda sumisión, de toda esclavitud política, económica o social.

V.— Las bifurcaciones sindicales.

Tres meses después de la cesación de las hostilidades, el Secretariado internacional que, en la víspera de la guerra había tratado de poner en pie una organización sindical mundial, volvió a reanudar los hilos rotos por la guerra en una conferencia preliminar en Beina, febrero de 1919. Algunos meses más tarde, en julio de 1919, fué fundada en Amsterdam la Federación Sindical Internacional.

Pero por su parte las organizaciones sindicalistas revolucionarias, independientes de las centrales sindicales adherentes a la Federación Sindical Internacional de Amsterdam, quisieron también reiniciar el trabajo allí donde había sido dejado por el congreso de Londres en 1913. Pero aquí intervino un nuevo factor por algún tiempo y turbó todas las cartas.

La revolución rusa estaba todavía en su gloria. Las mentiras grotescas y los montones de lodo que la prensa burguesa lanzaba cotidianamente sobre la nueva Rusia, no hacían más que aumentar las simpatías de la clase obrera occidental hacia la gran tentativa del pueblo ruso que se había desembarazado del zarismo y de la burguesía. La dictadura del proletariado no parecía a los trabajadores del otro lado de las fronteras soviéticas más que un gesto, que una proclama a la burguesía y a la contrarrevolución, para que se rindiesen y perdiesen toda esperanza de volver. Las tentativas de restauración de Yudenitch, de Pietura, de Skoropadsky, de Denikin, fomentadas y alimentadas por la burguesía europea — tanto inglesa como francesa — estrecharon más aún los lazos de la solidaridad de las masas obreras revolucionarias con el proletariado ruso, con la revolución rusa.

Y cuando en 1919 se creó en Moscú la Internacional Comunista y apeló a todos los elementos revolucionarios para que se adhiriesen a ella, una ola de simpatía rodeó a todos los que se proclamaban de la revolución social y del comunismo libertario. Es así como se pudo ver en el segundo congreso de la Internacional comunista, en 1920, organizaciones sindicalistas revolucionarias, tan antipolíticas y tan antiautoritarias como la Confederación Nacional del Trabajo de España y la Unión Sindical Italiana, dar su adhesión entusiasta a ese organismo.

En tanto, varios de los delegados de organizaciones sindicales que acudieron al segundo congreso de la Internacional comunista, tuvieron varias conferencias

preliminares con los representantes de la sindical rusa sobre la necesidad de un organismo obrero internacional, al margen y al lado de la Internacional Comunista.

Esas conferencias llevaron a la creación de un Consejo internacional provisorio de los sindicatos obreros, cuya misión era convocar un congreso internacional de los sindicatos revolucionarios. Pero ya entonces esa dictadura del proletariado que parecía a algunos un gesto de previsión contra la burguesía, se convirtió más y más en una máquina de acero que lo arrasaba todo a su paso — burguesía y proletariado; y los militantes llegados a Moscú y que participaron en la creación del consejo internacional provisorio, volvieron a sus países desalentados y alertas.

La sospecha contra los manejos de Moscú crecía. No había nada de asombroso, pues, en el hecho de que los sindicalistas revolucionarios, que debían participar en el congreso internacional en preparación (fué primero anunciado para mayo de 1921, luego postergado para julio) hubiesen querido, antes de partir para Rusia, entenderse sobre la línea de conducta a adoptar en Moscú.

A este efecto los delegados de la mayoría de las organizaciones sindicalistas revolucionarias se encontraron en diciembre de 1920 en Berlín para elaborar una base común de entente que sería propuesta al primer congreso de los sindicatos revolucionarios que debía celebrarse algunos meses más tarde en Moscú.

En esa conferencia fué adoptada por unanimidad (con ausencia de la delegación francesa) la siguiente moción (1): "1. La Internacional revolucionaria del trabajo se coloca sin reserva alguna en el punto de vista de la lucha de clases revolucionaria y del poder de la clase obrera.

2. La Internacional revolucionaria del trabajo tiende a la destrucción y al rechazo del sistema capitalista y del Estado.

3. La conferencia constata que la clase obrera sólo es capaz de destruir la esclavitud económica, política y espiritual del capitalismo por la aplicación más severa de su expresión en la acción directa revolucionaria de la clase obrera para llegar a ese fin.

4. La Internacional revolucionaria del trabajo se coloca en el punto de vista de que la organización de la producción y de la distribución es tarea de la organización económica en cada país.

5. La Internacional revolucionaria del trabajo es absolutamente independiente de todo partido político. En caso de que la Internacional del trabajo se decida a una acción y los partidos políticos u otras organizaciones se declaren de acuerdo con ella — o en sentido inverso — entonces la ejecución de esa acción puede hacerse en común con esos partidos y organizaciones.

6. La conferencia hace un llamado urgente a todas las organizaciones sindicalistas e industrialistas para que tomen parte en el congreso convocado el 1.º de mayo en Moscú por el consejo provisorio de la Internacional foja del trabajo, a fin de fundar una internacional revolucionaria del trabajo que unifique a todos los trabajadores revolucionarios del mundo."

El comité de información nombrado por la conferencia de diciembre de 1920 esperó los resultados del congreso constitutivo de la I. S. R. Como se verá más adelante, ese congreso estuvo lejos de satisfacer a los sindicalistas. Al contrario, se hacía cada vez más claro que no había ninguna posibilidad de entente con Moscú sobre el terreno sindical. Todas las tentativas de algunos sindicalistas que se encontraban en Moscú para dar a la nueva Internacional un carácter sindicalista independiente, no sometida al partido comunista, fueron vanas. La Internacional Sindical Roja se fundó... y los sindicalistas revolucionarios regresaron disgustados; se vieron desilusionados sobre el verdadero carácter de la Internacional comunista y de la Internacional Sindical Roja, sobre la dictadura del proletariado y sobre el giro más y más anti-revolucionario que adquiría la revolución rusa bajo la férula del partido bolchevista ruso.

(1) Communications concernent la conference syndicaliste internationale, 1921, págs. 4-8.

Nuevas consideraciones sobre la jornada de seis horas

Lancemos una breve ojeada al pasado, pues si la historia no tiene la virtud de ahorrarnos el esfuerzo en el presente, al menos puede estimular nuestra actividad y prepararnos para los reveses y contratiempos de la vida.

La jornada de las ocho horas no fue una idea surgida de la noche a la mañana, y su elaboración y realización exigió una larga sucesión de años y una serie interminable de luchas y de sacrificios, epilogados en la tragedia de Chicago.

En un congreso obrero de Baltimore, celebrado en Agosto de 1866, se declaró: "Lo que es preciso reivindicar ante todo, para sustraer el trabajo de nuestro país a la esclavitud capitalista, es una ley que fije en 8 horas para todos los estados de la Unión la jornada de trabajo normal. Estamos resueltos a usar de todas nuestras fuerzas para alcanzar ese glorioso resultado".

Al mes siguiente, el congreso de la Internacional en Ginebra, adoptaba en una resolución este pasaje: "Consideramos la limitación de la jornada de trabajo como la condición previa para el logro de todos los demás esfuerzos en vista de la emancipación... Proponemos fijar en 8 horas el límite legal de la jornada de trabajo".

Como se ve, treinta años antes de los sucesos de Chicago circulaba ya por el cerebro del proletariado de ambos mundos la idea de reducir la jornada a ocho horas. Si los revolucionarios de entonces hubieran pensado, como muchos revolucionaristas de hoy, que con una reducción de la jornada no se modifica la esencia del sistema capitalista y por consiguiente no merece la pena luchar y sacrificarse por una conquista de esa naturaleza, tendríamos hoy que pasar 10 o 12 horas en los establecimientos de explotación, que no sólo consumirían completamente nuestras fuerzas físicas, sino que nos reducirían al estado de autómatas sin pensamiento alguno. La jornada de ocho horas no suprimió el régimen capitalista, pero nos ha dado la posibilidad de elevarnos a una cierta altura mental en comparación con las tinieblas en que estaba sumido el proletariado de hace medio siglo.

Pero había habido, desgraciadamente, demasiados congresos y conferencias durante este período agitado, pleno de esperanzas y decepciones, y pasó un año más sin que los sindicalistas revolucionarios hubiesen podido volver a ver para deducir las conclusiones que se imponían.

Hasta junio de 1922 no pudieron volver a encontrar, entenderse sobre los principios fundamentales del sindicalismo revolucionario y crear una comisión internacional provisoría que tenía por misión entrar en comunicación con todas las organizaciones sindicalistas del mundo en vista de un congreso mundial que echara las bases de una Internacional obrera revolucionaria, enemiga de toda política, de toda opresión, de toda dictadura, de todo Estado. Ese congreso mundial se celebró en Berlín en diciembre de 1922. El espíritu de la primera Internacional Federalista y antiestatista, había inspirado los debates de ese congreso. El sindicalismo revolucionario mundial permanecía, más que nunca, federalista y antiestatista. Al reorganizarse no podía menos que volver a hacer suyo un nombre abandonado — y abandonado con razón — por los estatistas de todo matiz, el nombre de la Internacional de Bakunin. En ese congreso de diciembre de 1922 se constituyó la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Es así como, desecha y diseminada por los años de la guerra, la clase obrera reconstruía sus cuadros. Pero en lugar de un solo palacio que hubiera podido surgir a los políticos no hubiesen logrado desviar el movimiento obrero de su gran ruta emancipadora hacia los surcos estrechos y asfixiantes del estatismo — reformista o dictatorial — se levantaron tres edificios sobre las viejas ruinas. Los trabajadores debían escoger:

(Continuará)

Sin embargo, aunque en la prensa y en los medios anarquistas anti-sindicales de algunos países se trata de llevar a los obreros la convicción de que todas las pequeñas conquistas cotidianas no tienen absolutamente ningún valor, creemos que esas resistencias han de quedar fácilmente vencidas a causa de su inconsistencia misma. En la memoria de cualquiera de nosotros está la situación material y mental de los trabajadores de hace 10, 15 o 20 años, y aún tomando ese corto período, es imposible pretender sostener que la situación es la misma. Tampoco quieren decir los adversarios de las pequeñas conquistas que en general la conciencia colectiva está hoy más lejos de la revolución que hace 20 o 25 años. Podemos ser todo lo pesimistas que queramos en esta hora de crisis, podemos hacer las más amargas reflexiones sobre la pasividad revolucionaria actual, pero no hay que cerrar los ojos a un hecho indudable hoy, pero apenas entrevisto por las grandes masas hace unas décadas: el proletariado industrial, sobre todo, no puede pasar ya sin cierto alimento espiritual, sin satisfacer ciertas necesidades morales. Y el nacimiento de las necesidades de orden espiritual en el proletariado es un resultado de la reducción de la jornada embrutecedora de 12 o 14 horas diarias a 8 o 9. Para que esas necesidades se desarrollen y se multipliquen, la jornada de trabajo actual es excesiva.

Si mayor observación, la jornada de ocho horas de trabajo parece casi ideal y cuando la comparamos con la que nosotros nos imponemos voluntariamente en bien de una causa común, casi parece un juego de niños. Pero no es así: la jornada de ocho horas se entiende ocho horas en los establecimientos capitalistas; agreguemos a ella el tiempo perdido en prepararse para ir y venir, pausa para la comida, etc., y las ocho horas se transforman en 13 o 14. En las grandes ciudades, lo más corriente en el ambiente obrero es levantarse a las cuatro o las cinco de la mañana, salir de la casa por lo general antes de las seis y volver al hogar después de las seis de la tarde; en el transcurso de esas horas no puede exigirse al proletario más que la lectura superficial de algún periódico en

las pausas de mediodía. Y cuando regresa por la tarde a su domicilio, vuelve cansado, sin ganas de tomar un libro en la mano ni energía para reflexionar hondamente en su situación. Sólo una minoría muy reducida se impone con una fuerza de voluntad extraordinaria el sobrecargo del cultivo de su inteligencia. La teoría de los tres 8, es decir, ocho horas para trabajar, 8 horas para dormir y 8 horas para divertirse e instruirse, se reduce en la realidad a 14 horas para ganar el pan cotidiano, 6 o 7 para dormir y menos de 3 o 4 horas para comer, descansar y realizar las pequeñas ocupaciones comunes en un hogar.

Y hablamos sólo de aquellos obreros privilegiados, puede decirse, que disfrutan plenamente de las conquistas proletarias actuales; porque existen categorías de oficios y sobre todo obreros del campo que no conocen una jornada de trabajo inferior a 10 o más horas, es decir, 15 ó 16, si tenemos en cuenta todo el tiempo perdido en torno a la jornada pura y simple.

Esa circunstancia no hay que pasarla por alto para no imaginarnos nosotros mismos que la jornada de trabajo de 8 horas consume nuestras energías sólo 8 horas.

Contra la jornada de seis horas hay objeciones más serias: en primer lugar, la diversidad de trabajos que hacen imposible una unificación en la duración de la jornada, pues ciertas labores consumen en un par de horas más energías que otras en 8 o 10, y la regulación unitaria de la jornada dejaría en pie siempre una enorme diferencia entre unos obreros y otros. Ese punto no es fácil de resolver en el sistema capitalista, donde el trabajo es una carga, por pocas horas que se empleen en él, pero una reducción de la jornada debería tener en cuenta la variedad de trabajos ligeros y trabajos pesados.

Un camarada nos hace otras objeciones que queremos transcribir: después de hablar de la conveniencia de que el obrero, aun en el sistema actual, tuviera un poco más de amor a la propia obra, poniendo en ella, no sólo el inanimado interés del salario, sino el espíritu de creación y de perfección, dice:

"Si se le disgusta cada vez más del trabajo, del mismo modo que se hace que los niños detesten algo, ¿cómo queréis que ame y respete un poco más tarde ese trabajo y se entregue a él con encarnizamiento y entusiasmo en el mundo libre, reorganizado, que — si no quiere generalizar la miseria como en Rusia, tendrá necesidad de un trabajo enorme bien hecho y aplicado en buena dirección? — no

LA PROTESTA

SUSCRIPCIÓN MENSUAL, DIARIO Y SUPLEMENTO, \$ 2.— m/n.
SUPLEMENTO SOLAMENTE, \$ 5.00
POR AÑO — PAGO ADELANTADO

es sino después, cuando podrá verdaderamente reposar. Por consiguiente, no juguemos con el trabajo — es el único factor de valor adquirido en el mundo — no carcomamos sus raíces o de lo contrario, no nos quedará nada para el mundo nuevo".

No queremos analizar ahora esa objeción, que es tal vez la más seria que puede presentarse; aunque los inconvenientes que anuncia pudieran, tal vez, subsanarse, no por eso contiene menos una profunda verdad.

De menos peso nos parece esta otra: "...¿qué hará el pobre obrero, poco instruido, con 18 horas de descanso por día? ¿Dormir, divertirse, estudiar, apasionarse por algún deporte colectivo? — matar todo ese tiempo es casi tanto trabajo, quizás, como producir 1 o 2 horas más — verdaderamente, al pequeño número que estudiará, se opondrá el número enorme de los que harán tonterías o no harán nada serio, absorbidos por algún deporte, enfeudados a algún nuevo envenenamiento colectivo para matar los oídos: el mundo actual no les ofrece aún nada más".

En realidad, si se redujera la jornada de 8 a 6 horas, el obrero, por regla general podría disponer de tres o cuatro horas libres, a lo sumo, para entregarse al estudio, a la diversión, al deporte; es verdad que una mayoría buscaría en algún envenenamiento colectivo la manera de matar el tiempo, como lo hace hoy mismo, a pesar de que no le queda tiempo alguno, como lo hizo hace un siglo cuando trabajaba 14 o 16 horas diarias en los establecimientos del naciente capitalismo industrial; pero la minoría de los que se dedicarían a la propia instrucción se acrecentaría considerablemente, y los resultados de su acción liberadora en medio de las clases oprimidas y esclavizadas, no tardarían en manifestarse.

EJEMPLARES ATRASADOS

Pedimos a los compañeros que posean números atrasados del SUPLEMENTO, sobre todo del primer y segundo año, y no tengan inconveniente en desprenderse de ellos, los envíen a esta administración a fin de poder remitirlos a camaradas que desean completar sus colecciones.



Hay inquietudes en las esferas oficiales